

BR 1600

C3

V.2

PROSECUCIONES Y ENMIENDAS

DE LA

REPUBLICA DE VENEZUELA

MINISTERIO DEL INTERIOR

SECRETARÍA DE ESTADO

Con censura y aprobacion eclesiásticas.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

1888



Capitán Almirante
Comodoro

PARTE CUARTA.

DESDE LA APARICION DEL PROTESTANTISMO
HASTA LA REVOLUCION FRANCESA.

CAPITULO PRIMERO.

SIGLO XVI.

SUMARIO.—I. Herman Ruiswich.—II. Gaspar Tauber, —III. Nicolás Kstorck; hereje.—IV. Tomás Munzer, hereje.—V. Pfeiffar, hereje.—VI. Baltasar Hubmeir de Waldshut, hereje.—VII. Juan Denk, hereje.—VIII. Luis Berquin, hereje.—IX. Francisco Lambert.—X. Ulrich Zuinglio.—XI. Tomás Wolsey, cardenal y canceller de Inglaterra.—XII. Juan Ecolampadio, hereje.—XIII. Juan Mathiessen, hereje.—XIV. Rottman, hereje.—XV. Ana Bolena.—XVI. Juan de Leyden, hereje.—XVII. Knipperdolling.—XVIII. Roberto Barnes, hereje.—XIX. Tomás Cromwel, ministro de Enrique VIII de Inglaterra.—XX. Andrés Cariostadio, hereje.—XXI. Roberto de Mosheim.—XXII. Jorge Espalantino, hereje.—XXIII. Martin Lutero, apóstata.—XXIV. Estebán Dolet, hereje.—XXV. Enrique VIII de Inglaterra.—XXVI. Eduardo Seymour, protector de Inglaterra.—XXVII. Lorenzo Anderson, apóstata.—XXVIII. Miguel Serveto, hereje.—XXIX. Tomás

008151

Cramer, arzobispo de Cantorbery.—XXX. Jorge David, hereje.—XXXI. Gabriel Didimo, hereje.—XXII. Juan Bugenhagen, hereje.—XXIII. Cristian II, rey de Dinamarca.—XXXIV. Dr. Agustín Cazalla, apóstata.—XXXV. Jorge de la Renautié, hereje.—XXXVI. Pedro Vermile, hereje.—XXXVII. Francisco Leimann, hereje.—XXXVIII. Juan Calvino.—XXXIX. Juan Valentín Gentilis, hereje. XL. Luis I. de Borbon, príncipe de Condé.—XLI. Francisco de Coligny, hereje.—XLII. Gaspar de Coligny, almirante de Francia.—XLIII. Enrique I, de Borbon, príncipe de Condé.—XLIV. Enrique III, rey de Francia.—XLV. Jorge Blandrata, hereje.—XLVI. Jordan Bruno, hereje.—XLVII. Juan Campanus, hereje.—XLVIII. Francisco Davidis, hereje.—XLIX. Bernardino Ochino, general de los Capuchinos, apóstata.—L. Constantino Ponce de la Fuente, hereje.—LI. Roberto Dudley.—LII. Francisco Valsinga, no, secretario del Estado de Isabel de Inglaterra.

Herman Rinowich.

(NURIO AÑO 1512 DE N. S. JESUCRISTO.)

Las grandes evoluciones históricas tienen ciertamente una relación íntima con sucesos anteriores, que las preparan y que las hacen in-

evitables con una necesidad lógica. Las grandes evoluciones, las grandes reacciones, tanto religiosas como políticas y sociales, tienen sus precursores, como tienen también sus causas.

La Iglesia de Jesucristo y el Pontificado, baluartes inexpugnables de la causa de Dios, habían salido inéclumes de las agitaciones de la Edad Media, y el espíritu del mal comenzaba ya a sembrar la zizaña para promover una nueva lucha dentro de la misma Iglesia, preparando el camino a la gran revolución religiosa, social y política que estalló en el siglo XVI, bajo el nombre de protestantismo.

Las invasiones del imperio en la autoridad eclesiástica; la facultad que se arrogaron muchos príncipes de instituir prelados; la dependencia de éstos respecto del poder temporal, por la investidura de los feudos, y finalmente, la simonía, tan extendida en aquella época como combatida por la Santa Sede, hacían necesaria una reforma, cuya conveniencia fué reconocida ya por San Bernardo en el siglo XI.

El gran Papa San Gregorio VII comenzó esta grande obra, y dos siglos más tarde el no menos grande Inocencio III convocó el Concilio IV de Letran, según decía él mismo en sus Letras a la provincia eclesiástica de Viena, con el fin de

combatir los vicios; fomentar las virtudes, corregir los excesos, reformar las costumbres, extirpar las herejías, fortalecer la fé, apaciguar las discordias, restablecer la paz, contener las opresiones, garantizar la libertad y proveer cuanto fuere necesario para la observancia inviolable de todo lo que acerca de los Prelados y súbditos regulares se estableciere con aprobacion del Concilio, para mayor honra y gloria de Dios, remedio y salvacion de nuestras almas y provecho y utilidad del pueblo cristiano.

Estas palabras textuales de aquel inmortal Pontífice, nos dan una idea del tristísimo estado de la sociedad, de la gravedad de los males que la aquejaban, y de la necesidad de la reforma; pero esta reforma no podía alcanzar al dogma y á la moral, parte integrante y esencial de la Iglesia, y tan inmutable como ella misma, sino á la disciplina, única susceptible de reformas, segun las necesidades y exigencias de cada época.

Por otra parte, la reforma solo podía iniciarla y llevarla á cabo la Iglesia misma, por medio de sus Concilios y Sumos Pontífices, como lo hicieron los Papas Gregorio VII é Inocencio III, y muy especialmente el Concilio IV de Letran, que dictaron saludables disposiciones encaminadas á remediar aquellos males; ejemplo

que siguieron despues el Papa Clemente V y el Concilio general de Viena. No obstante, el mal estaba tan extendido y arraigado, que todos estos esfuerzos no bastaron á contenerlo.

El cisma de Occidente, unido á la dependencia del Pontificado, á la política francesa en Aviñon y á los celos de las demás potencias, puso el colmo á tantos males; y tal era la situacion de Europa cuando algunos espíritus soberbios y ligeros se creyeron llamados á llevar á cabo la reforma de la Iglesia; ellos, que debieron ocuparse únicamente en reformarse á sí mismos.

Lutero, Calvino, Zuínglio y otros funestos personajes, fueron los que sin mision para ello fingieron continuar la obra emprendida por San Bernardo, San Gregorio é Inocencio III, cuando su único fin era satisfacer su soberbia y ambicion, y romper el freno que contenian sus pasiones y su espíritu inquieto y rebelde.

Arrastrados entónces de error en error, de vicio en vicio y de atentado en atenido, léjos de reformar las costumbres y corregir abusos, se lanzaron á los azares de una vida disoluta, aumentaron los males que effligian á la sociedad, y al fin llevaron su espíritu de novedad hasta atentar contra la integridad é inmutabilidad de la fé.

Tales fueron las causas y sucesos que crearon una situación religiosa llena de peligros, de apasionadas controversias y de luchas encarnizadas; y tanto más peligrosa, cuanto mayor era la agitación que germinaba también en el orden social, en el orden político, en el científico y aun en el literario y el artístico.

En efecto: aquel siglo fué siglo de transición, de memorables sucesos, de grandes hombres y de grandes cosas, tanto en lo bueno como en lo malo.

De una parte la Iglesia veía alejarse de su redil á naciones enteras, y de otra el genio de Colón y la fé de Isabel la Católica mostraban un mundo á los misioneros del Evangelio.

Por el Oriente de Europa los otomanos ponían en peligro la libertad de las naciones cristianas, mientras España acababa la grandiosa obra de su reconquista, presagiando ya que en tiempo no lejano había de ser el terror de los turcos, como era ya el de los mahometanos.

En ninguna época hubo príncipes tan grandes como Carlos V, Felipe II, León X, Francisco I, Enrique VIII, Andrés Doria, Solimán II, Segismundo I y Gustavo Wasa.

En ninguna otro siglo hubo hombres que conmovieran tanto el mundo con sus errores como

Lutero, Calvino, Zuinglio, Serveto, Baceró, Maquiavelo y otros muchos, ó que tanto le iluminaran con su genio como Colón, Galileo, Copérnico, Tomás Moro, Erasmo, Fr. Luis de Granada, Fray Luis de León, Luis Vives, Arias Montano, y otros sin cuento.

Acaso no hay tampoco en la historia período alguno en que edificáran á la cristiandad con sus virtudes y su ejemplo tantos Santos como San Cayetano, San Juan de Dios, San Francisco Javier, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Borja, San Juan de la Cruz, San Luis Gonzaga, la incomparable Santa Teresa, y otros que apenas pueden enumerarse.

Estos caracteres tan distintos y tan grandes, aunque los unos en lo bueno y los otros en lo malo, serían un dato bastante para apreciar toda la importancia de aquella lucha gigantesca entre el bien y el mal, entre la Iglesia y la herejía, entre lo justo y lo injusto, entre lo antiguo y lo moderno, entre la verdad y el error, y entre las naciones, las clases y aun los individuos.

El siglo XVI, en una palabra, fué el gran crisol donde se fundieron al fuego devorador de las enardecidas pasiones, y el calor vivificante de los más levantados sentimientos el mundo antiguo y el mundo moderno.

Como en época de transición, de lucha y de revoluciones, fueron lastimados todos los derechos y todos los intereses legítimos.

Pero aquella guerra se había suscitado principalmente contra la Iglesia, que fué la que sufrió más amarguras, porque fué el blanco de los ataques de todos.

La lucha, en efecto, se había acentuado entre la razón y la fé. Aquella fé que en siglos anteriores había obrado tantos y tan grandes prodigios, y que es la palanca que mueve al hombre con más constancia y con más fuerza, iba á ser sustituida por la razón sola, que en siglos posteriores había de extraviar á la humanidad hasta conducirla, á través de tantos desastres, á la última consecuencia de su obra, que es la revolución impía, que solo engendra ruinas y perturbación, luto y sangre.

El protestantismo fué la forma que adoptaron al fin todos los enemigos de la Iglesia; pero ántes de que se formalizara aquella célebre protesta que le dió su nombre, habían sembrado los más extraños errores muchos heresiarcas, que fueron los que prepararon la apostasía de una gran parte de Europa.

Entre ellos figura en primer término, porque fué el primero que en este siglo sufrió el castigo de sus obras, Herman Ruiswich,

Tal era el nombre de un holandés que á fines del siglo XV y á principios del XVI, propagó una série de extraños errores, cuya mayor parte se relacionaba con el maniqueísmo según y como lo profesaban los falsos místicos de la Edad Media.

Este heresiarca negaba que los ángeles hubiesen sido creados por Dios; que el alma fuese inmortal, y que existía el infierno, afirmando por otra parte que la materia es coeterna con Dios, lo cual supone el más grosero materialismo. Según él, Jesucristo no es el Hijo de Dios; Moisés no había recibido la Ley, y la Biblia era puramente una fábula plagada de errores.

La conducta de Ruiswich llegó á hacerse tan sospechosa, que el año 1499 fué reducido á prisión, de la que salió al poco tiempo por haber abjurado sus errores; pero como volvió á proclamar su extravagante doctrina, fué preso por segunda vez y denunciado á la Inquisición, que le condenó á ser quemado vivo, como se ejecutó el año 1512. Sus obras fueron quemadas también por orden de la justicia (1).

(1) WEITZER Y WALTER: *Dico. encyclop. de Theol. cathol.*

II

Gaspar Tauber.

(MURIO AÑO 1524 DE N. S. JESUCRISTO.)

La herejía luterana no tardó en propagarse con extraordinaria rapidez por las provincias hereditarias del Austria.

En el año 1520 se leían ya con avidez los escritos de Lutero en Viena, donde contaba con muchos partidarios y admiradores entre las personas más influyentes.

Por otra parte, el rector de la Universidad y los profesores ilegalmente nombrados despues de la muerte de Maximiliano, opusieron toda clase de dificultades contra el Obispo, y la facultad de Teología, encargados de publicar la Bala de condenacion de Lutero, traida de Roma por Eck, y que no fué publicada hasta que el

año 1521 apareció una orden especial del Emperador con este fin.

Sin embargo, ni la publicacion de la Bala, ni los decretos del Emperador, ni la celebracion de Sínodos por los Obispos, fueron bastantes á atajar el mal, y la nueva doctrina hizo tan sensibles progresos, que en 1528 más de la mitad de los nobles y funcionarios públicos eran favorables á la herejía. Así fué que las medidas adoptadas para la ejecucion del edicto de Worms, dictado por Fernando, el duque de Baviera, y doce Obispos alemanes, no dió ningun resultado.

La nobleza austriaca contribuyó principalmente á la propagacion de la herejía, porque abusando los señores de los patronatos anexos á sus señorías, ó daban colocacion en sus dominios á los predicadores luteranos, bajo cualquier título, ó destituían á los sacerdotes católicos de sus curatos, poniendo en su lugar á un protestante.

Las severas disposiciones del gobierno, encaaminadas á contener aquellos abusos, fueron completamente inútiles, no solo porque los encargados de ejecutarlas eran luteranos, sino porque el gobierno no podia reducir á la obediencia á los señores, pues necesitaba todas sus fuerzas para oponerlas contra los turcos.

Pero lo más sensible fué que muchos religiosos, ó censados del claustro, ó alucinados con la Reforma, léjos de combatirla, se constituyeron en predicadores de la herejía, abandonando los conventos, muchos de los cuales quedaron deshabitados, ó dejando vacantes los curatos confiados á las comunidades, que quedaron á merced de los ministros luteranos.

El emperador Federico I, se opuso con heroica constancia á la propagacion de la Reforma en sus Estados; pero el mal habia tomado tales proporciones, que todos sus esfuerzos fueron inútiles.

Entre los primeros que propagaron en Austria la Reforma figura Gaspar Tauber, de la clase media, pero hombre muy rico, que, condenado á prision por hereje y puesto luego en libertad, volvió á incurrir en herejía, y fué ejecutado públicamente el 17 de Setiembre de 1524.

III.

Nicolás Estorch, hereje.

(MURIO AÑO 1525 DE N. S. JESUCRISTO.)

La libertad evangélica proclamada por Lutero hizo surgir bien pronto un gran número de falsos apóstoles y de nuevas sectas, creadas muchas de ellas por sus propios discípulos.

Nicolás Estorch, fué uno de los primeros que, siguiendo la doctrina de su maestro, y uniéndose á Tomás Munzer, abandonó á Lutero, fundándose en que su doctrina era muy relajada, y dió origen á la secta de los anabaptistas.

Los anabaptistas, no solo combatian al clero católico, sino al luterano; sostenian que no debia bautizarse á los niños, y aconsejaban la reiteracion del bautismo, pues, segun ellos, era nulo el administrado á los niños.

El jefe de los anabaptistas fué Estorch, que rodeado de doce apóstoles y setenta y dos dis-

cipulo, y abusando del profundo conocimiento que tenía de la Sagrada Escritura, comenzó á propagar sus errores.

A fin de dar más crédito á sus predicaciones, decía que jamás había sabido leer, y que su ciencia era revelada é inspirada por Dios.

Los anabaptistas, no solo atacaron con sus errores al dogma católico, sino al orden social y á la autoridad civil, proclamando lo que ellos llamaban la libertad del Evangelio, en virtud de la cual combatían las leyes eclesiásticas y políticas que pudiesen obligar á las personas, pues siendo todos hijos de Dios y habiendo sido dotados por Jesucristo de plena libertad, todos debían ser iguales, sin que nadie pudiera pretender legítimamente poner traba alguna á su omnimoda libertad.

Estorch y sus discípulos, que con sus imposturas se atraeron muchos prosélitos, hallaron una gran oposición por parte de las autoridades, que encerraron á algunos de ellos, obligando á los demás á retirarse á Wittemberg. Allí se unieron á Carlostadio, que, aunque no estaba muy conforme con su doctrina sobre el bautismo, creía, como ellos, que el reinado de Dios debía establecerse por la fuerza, y alentados en su fanatismo por sus mentidos profetas, recorrió

las iglesias de Wittemberg, destruyendo los altares, arrojando las imágenes á las calles, y cometiendo toda clase de excesos y sacrilegios.

Estorch, jefe de esta secta herética, murió en un hospital de Manich (1)

IV.

Tomás Munzer, hereje.

(MURIO AÑO 1525 DE N. S. JESUCRISTO.)

Este herejarca, que fué á principio del siglo XVI el jefe de los anabaptistas en Sajonia, mostró desde su juventud gran aversión á la nobleza, á causa de haber sido condenado su padre á la horca por un conde de Stolberg.

Munzer odiaba también el método escolástico en Teología, y en cambio se censagró con ardor

(1) Schrodt, en el *Diccionario enciclopédico de Teología católica* de Wetzer y Woltz.—MOIMBOURG; *Histoire in lutheranisme*.

al estudio de las obras místicas; pero esta lectura, mal dirigida, extravió su imaginación, y fué la causa inmediata de la exaltación y del fanatismo que se apoderaron de su espíritu sombrío, inquieto y ambicioso.

En 1520 fué nombrado primer predicador de Zwickau, donde en su sermón inaugural declamó apasionadamente contra el Pontificado, produciendo tal inquietud y agitación en los ánimos, que fué expulsado de la ciudad.

Manzer recarró entónces á Lutero y á los husitas de Bohemia, y despues de vivir errante por algun tiempo, viéndose rechazado por unos y no encontrando en otros la acogida que esperaba, se unió á los anabaptistas y se fijó en Altstadt. Allí se hizo pasar por profeta, pretendiendo estaba llamado por Dios, como Israel, para extirpar á los ímpios cananeos, y fundó una sociedad, cuyas aspiraciones eran formar en la tierra un nuevo reino, compuesto únicamente de gente piadosa y de santos.

Resuelto á llevar á cabo su propósito á toda costa, impuso á sus sectarios la obligación especial de apelar, en caso necesario, á la violencia y á la persecucion contra los enemigos de su falso Evangelio.

Consecuente Manzer con su doctrina, que era á la vez la negacion de todo poder, de toda autoridad y de todo culto exterior, sublevó primeramente la opinion en Alemania con sus predicaciones y sus escritos, y despues fragó é hizo estallar una rebelion, formando una liga para defender la pureza del Evangelio, y para adquirir la libertad omnimoda á que aspiraban sus sectarios.

La aparición de un manifiesto de los rebeldes debía ser la señal del levantamiento, que no se hizo esperar.

El mismo Manzer, dando el ejemplo, predicó los principios de igualdad y fraternidad, y aun el comunismo; condenó la soberanía de los príncipes, se rebeló contra toda autoridad, que él calificaba de tiranía, y se puso al frente de una horda de fanáticos, que incendió la célebre ermita de Mellersbach.

Al mismo tiempo, el heresiarca declamaba contra Lutero, predicando que aunque había libertado las conciencias del poder de Roma, las había sometido al yugo de una libertad carnal, sin darles la libertad del espíritu, y que las había sublevado contra el Papa para sujetarles á sí mismo, que solo era un cortesano infame de los príncipes.

Lntero escribió á algunos soberanos y á varias ciudades para que persiguiesen á su adversario; pero Munzer, que habia logrado atraer al pueblo, reemplazó á su gusto el consejo de Muhlhausen, confiscó los bienes de los conventos y envalentonado con el levantamiento de cuarenta mil paisanos en Franconia y Saavia, reunió sus partidarios de Frankenhauseu, Muhlhausen y otras ciudades, y se preparó á la guerra.

El elector Juan Jorge, duque de Sajonia, Felipe, landgrave de Hessa, y Enrique, duque de Brunswick, que eran los príncipes más amenazados, concertaron una alianza y marcharon contra los rebeldes al frente de un ejército poco numeroso, pero que bastó para desalojarlos de sus fuertes posiciones, haciendo en ellos una espantosa carnicería.

Munzer huyó á refugiarse en Frankenhauseu; pero descubierto é interrogado, fué conducido á Heldrungen, donde, sometido al tormento, reveló los nombres de sus cómplices, y fué decapitado en union de otros veinticinco rebeldes.

Aunque los primeros dias de su prision Munzer se mostró sereno y activo, al cabo reconoció sus crímenes, se confesó segun el rito católico, y comulgó bajo una sola especie.

Finalmente, al subir al cadalso se apoderó del reo un terror tan grande, que no le permitió rezar el Símbolo de los Apóstoles, que el duque de Brunswick recitó por él (1).

VI

Pfeiffer, hereje.

(MURIO AÑO 1525 DE N. S. JESUCRISTO.)

Era éste un monje exclaustrado, que fanatizado con los delirios de Tomás Munzer, fué uno de los que más le secundaron en sus planes ímpios y comunistas.

En efecto: Pfeiffer fué el que, acaudillando al populacho, seducido por la promesa de la comunidad de bienes, contribuyó principalmente á la

(1) WETZER Y WELTE: *Dict. enciclop. de Theolog. cath.*

vergonzosa capitulación del consejo de Muhlhausen.

Posteriormente, cuando Munzer realizó el reparto de bienes, reservando para sí la riquísima encomienda de San Juan, Pfeiffer, siguiendo el ejemplo de su jefe, invadió con su tropa á Elchshfeld, donde saqueó las iglesias y los conventos, y aprisionó á muchos sacerdotes y nobles, volviendo cargado de un rico botín á Muhlhausen.

Al poco tiempo; vencidos los rebeldes en Frankenhauseu por el ejército de los príncipes coaligados, Pfeiffer fué hecho prisionero, siendo ejecutado con Munzer y otros veintinueve rebeldes en las cercanías de Muhlhausen (1).

VII

Baltasar Hubmeir de Waldshut, hereje.

(MURIO AÑO 1527 DE N. S. JESUORISTO.)

Ni la derrota de los anabaptistas levantados en armas en Alemania por las sugerencias de

(1) WETZER Y WELTE: *Dict. encyclop. de Theolog. cathol.*, art. *Munzer*.

Tomás Munzer, ni la pública ejecución sobre un cadalso de este hereje y de los principales jefes de aquella insurrección, fueron bastantes á sofocar el anabaptismo, que siguió adquiriendo prosélitos en la misma Alemania, y aun se extendió á Suiza.

Baltasar Hubmeir fué uno de los que más fomentaron esta herejía principalmente en Suavia, donde los anabaptistas cometieron los mayores excesos, hasta que, arrojados por los habitantes de aquella comarca, se refugiaron en Suiza.

Hubmeir se retiró á Zurich, donde fué preso por órden de las autoridades, y obligado á hacer una retractación de sus errores. De Zurich pasó á Constanza, y despues de haber permanecido mucho tiempo en esta ciudad, marchó á Moravia, para continuar la propagación de su herejía.

Al fin este hereje contumaz cayó en poder de las autoridades de Alemania, y fué quemado en Viena (1).

(1) MOREY: *Dict. histor.*

VIII

Juan Denk, hereje.

(MURIO AÑO 1528 DE N. S. JESUCRISTO.)

La sentencia *Nihil novum sub sole* puede aplicarse muy oportunamente á muchas cosas, pero con particularidad á las herejías que han adigido á la Iglesia en estos últimos tiempos, porque todas ellas, salvo algunas ligeras variantes, aparecieron bajo diversas formas en la antigüedad. Esta es la historia de las herejías, y entre ellas las del antitrinitarismo, contraria al misterio de la Santísima Trinidad y que con el tiempo adoptó formas diferentes y nombres diversos, aunque conservando siempre la misma tendencia.

En la segunda mitad del siglo II de la Era cristiana aparecieron por primera vez estos he-

rejes, á quienes se llamó *Unitarios*, porque solo admitían una persona en Dios.

Desde Tertuliano recibieron estos herejes el nombre de *Monarquianos*, en contraposición de los ortodoxos, á quienes acusaban de politeístas.

Posteriormente apareció de nuevo esta herejía con el arrianismo, cuyos ataques al misterio de la Santísima Trinidad no pueden ponerse en duda, y con el mahometismo, que, al admitir en absoluto la existencia de un Dios, no reconocía la existencia de las Tres Personas divinas.

Finalmente, el antitrinitarismo volvió á presentarse con la Reforma, figurando Juan Denk entre los primeros antitrinitarios nacidos en el seno del protestantismo.

Juan Denk nació en el Alto Palatino, y en 1524 ocupaba una cátedra en Noremburg, cuando, por mostrarse favorable á las opiniones de los anabaptistas, fué destituido y echado de la ciudad, teniendo que refugiarse en Muhlhausen, al lado de Munzer. Al poco tiempo, Munzer murió en un daldazo, y no encontrándose Denk seguro en aquella ciudad, pasó á Strasburgo, donde entró en relaciones con Hetzer, antitrinitario como él, y obtuvo una cátedra, que no conservó largo tiempo, pues, como en Nuremberg, fué destituido y expulsado de la ciudad.

Ante todo, Juan Denk combatía el misterio de la Santísima Trinidad, porque en su panteísmo místico, consideraba al *Logos* como la totalidad de las almas humanas, que llegó en Jesucristo al apogeo de su desarrollo. Denk negaba, por consecuencia, la preexistencia del *Logos*, la divinidad de Jesucristo y la trinidad de las Personas en Dios.

Por otra parte, admitía una rehabilitación de todas las cosas, negando la eternidad de las penas del infierno y pretendiendo que los espíritus malos acabarían por salvarse.

De Strasburgo marchó Denk á Basilea, donde murió de la peste.

IX

Luis Berquin.

(MURIO AÑO 1529 DE N. S. JESUCRISTO.)

Así se llamaba un hidalgo del país de Artois, que después de declamar, bajo el reinado de Francisco I, contra las Ordenes religiosas, habló con tanta libertad sobre algunos puntos de Re-

ligion, que fué perseguido por la justicia. El Rey le salvó entónces; pero habiendo incurrido de nuevo en sus errores, y negándose á hacer una retractación, fué quemado en Paris el año 1529 (1).

X.

Francisco Lambert.

(MURIO AÑO 1530 DE N. S. JESUCRISTO.)

Francisco Lambert nació en Aviñon en 1487, y fué uno de los primeros que abandonaron en Francia la Iglesia y la Orden de San Francisco á que pertenecía, para abrazar el luteranismo y casarse.

En seguida publicó su obra *Rationes propter quas Minaritarum*, etc., encaminada á justificar su apostasía, y un comentario sobre el matri-

(1) BEZAR: *Hist. ecles.*, Hb. I.—CEPIN: *Act. Martyr.*—BAYLE: *Diction. critique.*

menio y contra el celibato, y despues marchó á Suiza, y de allí á Eisenach y á Wittemberg, donde se ganó el favor de Lutero, y tomó mujer.

Por último, se estableció en Strasburgo, y allí permaneció más de dos años, hasta que el landgrave Felipe le llamó á su lado, para establecer la Reforma en Esse.

Lambert no era luterano en rigor, pues revelaba cierta tendencia al zuinglianismo; tanto, que en su opúsculo *De Symbolo fœderis nunquam rumpendâ, quam communionem, vocant confesio*, se separó abiertamente de la creencia luterana sobre la Cens, y declaró que la doctrina de la presencia real de Jesucristo era mucho peor que todo cuanto enseñaban los papistas.

Este heresiarca llegó á decir tambien que poco tiempo despues de los Apóstoles, el mundo entero comenzó á alejarse del Evangelio, y que la palabra de Dios, completamente perdida, no habia salido de su tumba sino en Wittemberg.

No obstante, en los últimos años de su vida se lamentó de los frutos amargos que habia dado la Reforma: "Yo veo con dolor, escribia á Myconius, que no se hace buen uso de la libertad del Evangelio, que no hay apenas caridad, y que no se oyen sino calumnias y mentiras, y no se ve sino envidia y desdenes." Sobre todo en

su libro *De Symbolo fœderis* se encuentran unas descripciones sombrías del estado en que se hallaban la nueva Iglesia y las comunidades protestantes.

Finalmente, y despues de haber apestado á Hesse con la epidemia de la Reforma, murió Lambert en Hesse de peste el 18 de Abril de 1530 en Marbourg, donde era profesor (1).

XI.

Ulrico Zuinglio, hereje.

(MURIO AÑO 1531 DE N. S. JESUCRISTO.)

Este sacerdote apóstata, digno émulo de Lutero por su audacia, su soberbia, la inconstancia de su doctrina y la intolerancia respecto de los que no participaban de sus ideas, fué uno de los que más contribuyeron á la formación del pro-

(1) WETZER Y WELTE: *Disc. encyclop. de Theolog. cathol.*

testantismo, tanto, que los lateranos y zuinglianos se disputan para sus jefes respectivos la triste gloria de haber sido el primero en levantar el estandarte de rebelion contra la Iglesia.

En la época de la aparicion de la Reforma, Zuinglio era párroco de Zurich, donde, así como en Glarone, adquirió gran fama de orador.

Por seguir en todo Zuinglio los pasos de Lutero, se casó tambien, á pesar de ser sacerdote, con una viuda rica, llevando despues de su apostasia una vida tan licenciosa, que no pocos de entre los mismos protestantes, le tuvieron por condonado. Ecolampadio, amigo íntimo y compañero inseparable de Zuinglio, le acusa de que estaba demasiado engolfado en los asuntos políticos y mundanos (1). Gualter dice de él en su Apología: "Nuestros sábios y profundos censores no repararon en asegurar que murió en los pecados, y que por consiguiente es hijo del infierno (2).

Dícese que ántes de abrazar la causa de la Reforma celebró Zuinglio una conferencia con el cardenal Matthien, obispo de Sion, en Saiza, sobre los abusos que, segun él, habia en la Iglesia,

(1) *In lib. epistolar. Ecolampadii et Zuinglii*, lib VI.

(2) *In Apolog.*, fol. 31, b. ún.

y sobre la manera de extirparlos. Pero desgraciadamente, el que tantos males veía en la Iglesia, léjos de poner por su parte cuanto padiera para aliviarlos, los agravó rebelándose contra ella, y consagrándose á predicar la doctrina reformada y á recomendar la lectura de las obras de Lutero. Por entónces llegó á Zurich un religioso franciscano, enviado por el Papa para publicar las indulgencias, y Zuinglio, imitando la conducta de Lutero, declamó contra este predicador, y aun contra las indulgencias, contra la intercesion de los Santos, contra el sacrificio de la Misa, las leyes eclesiásticas, los votos monásticos, el celibato clerical y los ayunos y abstinencias. Despues de haber predicado por espacio de cuatro años sus errores, hizo convocar una asamblea por el Senado de Zurich para tratar de los asuntos religiosos con los comisionados del obispo de Constanza y demás eclesiásticos. Faber, Vicario general de Constanza, y Zuinglio, discutieron en esta asamblea ante los árbitros del Senado, sosteniendo el uno la doctrina católica y el otro los errores de la Reforma; pero el resultado fué promulgar un Edicto por el cual se abolió una parte de las ceremonias de la Iglesia, y entre ellas el culto de las imágenes y la Misa.

Aunque Zuinglio convenia con Lutero en al-

gunos puntos, disentía de él en otros fundamentales de su doctrina, porque Lutero atribuía la salvación únicamente á la gracia, y Zuinglio, por el contrario, siguiendo el error de los palagianos, la hacía consistir en el libre albedrío, obrando solamente por las fuerzas naturales, de tal manera, que creía que Catón, Sócrates, Escipión, Séneca, y aun Hércules y Teseo, así como los demás héroes del paganismo, habían ganado el cielo por sus buenas obras: Lutero reconocía, por otra parte, lo presencia real del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo en el sacramento de la Eucarestía, aunque creía que permanecían en él las sustancias del pan y del vino, al paso que Zuinglio sostenía que en este Sacramento solo existía el pan y el vino, que según él representaban el Cuerpo de Jesucristo, al cual se unían espiritualmente por la fe. Como los católicos, y muy especialmente los religiosos dominicos, se opusieron á esta doctrina, el Senado de Zurich convocó una asamblea que resolviera estas diferencias. El obispo de Constanza, á cuya diócesis correspondía Zurich, envió á Juan Faber, su Vicario general, para que prohibiera se consumara semejante atentado contra la autoridad de la Iglesia; pero como los protestantes estaban en mayoría, pre-

valeció su doctrina y se acordó fuese recibida en todo el canton de Zurich. Poco tiempo después las imágenes y los altares fueron destruidos, quedando abolidas todas las ceremonias de la Iglesia romana.

Los Obispos de Basilea, de Constanza y de Lausana reunieron una Asamblea general de todos los cantones en Basilea, ante la cual apareció Juan Ecolampadio, en representación de Lutero, que no quiso asistir. Esta Asamblea condenó por un decreto solemne, en nombre de toda la nación, los errores de aquel heresiarca; pero los de Berna se negaron á someterse á él, y convocaron una nueva Asamblea. Los católicos no concurren á ella en atención á tratarse de un asunto ya juzgado, y Zuinglio logró que se aprobara su doctrina, y que fuera recibida al poco tiempo por el canton de Basilea. Los cantones de Zurich, de Schaffhouse, de Berna y de Basilea formaron entónces una liga y dirigieron repetidos insultos á sus vecinos para obligarlos á admitir su doctrina; pero los cinco cantones de Lucerna, de Zug, de Uri, de Underwal y de Schwitz, que permanecían en la fé católica, invadieron los cantones de la liga. Estos se armaron para resistirlos, y el año 1531 se encontraron los dos ejércitos junto á Cappel,

donde trabaron una batalla sangrienta, en que triunfaron las armas de los católicos. Zainglio, herido mortalmente en la pelea, murió á manos de un soldado, despues de haberse negado por tres veces á confesarse; su cadáver fué quemado.

Tal era la fama que habia adquirido por su desordenada conducta el reformador helvético, que ni aun los protestantes respetaron sus cenizas. Schlüsselburg le llama *hombre de infeliz memoria* (1), y Hospiniano dice en su *Historia Sacramentaria* lo siguiente: "Latero afirma que Zainglio murió miserablemente á manos de los papistas en la refriega, y que por lo mismo acabó sus dias en los pecados (2)."

XI.

Tomás Wolsey, cardenal y canceller de Inglaterra.

(NURIO AÑO 1531 DE N. S. JESUCRISTO.)

Una ambicion sin límites, y que aumentaba más y más cuanto más se satisfacía, fué la causa

(1) *Theol. Calvin*, proemio.

(2) *Hist. Sacram.*, parte 2.^a ann. 1544.

de que este Príncipe de la Iglesia, acaso sin quererlo, preparase la gran apostasia de Inglaterra en el siglo XVI que dura todavía.

Era Tomás Wolsey hombre sobre todos los hombres atrevido y ambicioso, como dice el P. Rivadeneyra (1), cuya vida era más semejante á la del libertino Enrique VIII que á la de la virtuosa y piadosísima Catalina de Aragon, esposa de aquel Monarca.

Hé aquí el retrato que del célebre Cardenal hace el mismo P. Rivadeneyra.

"Era Wolseo hombre de baja suerte y vil, hijo de un carnicero, á lo que algunos escriben, el cual, habiendo entrado en casa del Rey con maña y artificio, fué al principio su capellan y despues su limosnero, y poco á poco acrecentado con las rentas del obispado de Tornay (que el rey Enrique habia tomado al Rey de Francia); y, finalmente, hecho Obispo, primero linconienso, despues dunelmense, y de allí vitoniense, juntamente Arzobispo eboracense, que eran dos riquísimos obispados, y por remate tambien le hizo el Rey cancellario del reino, que es, como si dijésemos, presidente del Consejo real de Cas-

(1) *Historia del cisma de Inglaterra*, cap. IV.

tilia, y procuró que el Papa le hiciese Cardenal y legado á *latera* en Inglaterra. No contento con esto, tenia muchas pensiones y ricas dones que le daban el Emperador y el Rey de Francia, y otras abadías riquísimas y beneficios eclesiásticos; porque el rey Enrique le favorecia de manera, que habia puesto en sus manos su persona y reino, no haciendo ni proveyendo cosa en él que no fuese por consejo y mano de Volesco. Por esta causa el emperador D. Otón y el rey de Francia, Francisco, (deseando cada uno tener de su parte al rey Enrique, por lo mucho que les importaba para las guerras que entre sí traian), procuraban á porfía tener contento y ganado al Cardenal eboracense, de cuya voluntad sabian que dependia la voluntad del Rey su señor. Toda esta grandeza y favor que tenia le parecia poco al Cardenal, no poniendo tasa á su codicia y ambicion; antes creciendo ella (como suele) tanto más cada dia, cuanto más crecian las dignidades y favores, deseó y procuró subir hasta la cumbre del sumo pontificado y asentarse en la Silla de San Pedro, teniendo lo que poseia en poco, pues podia tener más; y no era tan grande el gusto que le daba todo lo que tenia, como el disgusto que recibia con la falta de lo que deseaba. Olló el emperador D. Otón esta am-

bicion del Cardenal, y para servirse de ella y cebarle por este camino (como lo suelen hacer los Reyes cuando les viene á cuento), comenzó á honrarle y á escribirle á menudo cartas de su propia mano, muy regaladas y llenas de extraordinarios favores, en las cuales se firmaba: *Vuestro hijo y pariente*, CARLOS. Y para entre tenerle y ganarle más, le daba á entender que si el rey Enrique, por su medio, se confederase con él perpétuamente y rompiese guerra con Francia, él procuraria que, muerto el Papa Leon X, él le sucediese en el pontificado. Y como los hombres fácilmente creen lo que desean, fácilmente creyó esto el Cardenal, y por no faltar á sí mismo y perder tan buena ocasion, persuadió al rey Enrique todo lo que el Emperador queria. Poco despues, muerto Leon X, aunque por toda Italia se publicó que el Cardenal eboracense habia sido elegido Papa, no fué verdad, sino que el Emperador, aunque á la sazón era mozo, procuró que Adriano, su maestro, lo fuese, varon doctísimo y santísimo, y bien diferente en todo de Volesco. El cual no se maravilló de que el Emperador le hubiese antepuesto á Adriano en el pontificado por las obligaciones particulares que le tenia; y así diósele y tuvo paciencia hasta que, muerto Adriano, Clemente VII le

sucedió. Entónces, viendo que el Emperador no habia hecho caso de él, y que despues de haber preso á Francisco, rey de Francia, le escribia pocas veces y de mano ajena, y que no firmaba más que su nombre Carlos, comenzó el Cardenal á embravecerse y salir de sí, y á enojarse con el Emperador, y á serle contrario en todo lo que podia, y á favorecer á sus enemigos, y entregarse del todo á Francisco, rey de Francia. Con este furor y enojo cansado de su loca ambicion, tramó y urdió una tela, que despues no pudo destejer, y le salió mal, porque viendo el rey Enrique desaficionado de la reina doña Catalina (por la razon que tocamos arriba), y que ella le era contraria por su ambicion, buscó manera para apartar totalmente al Rey de la Reina, y por esta vía ganar más su gracia de él, y á ella hacerle pesar y vengarse del Emperador, su sobrino. Algunos dicen que tambien se movió á perseguir á la Reina porque un astrólogo le habia pronosticado que una mujer seria causa de su ruina y perdicion; y dando él crédito á sus palabras, y pensando que esta mujer seria la reina doña Catalina, quiso quitarle el poder y apartarla del Rey."

Movido por estas causas el Cardenal, y aprovechando la desemejanza de carácter y costum-

bres de la reina Catalina y del rey Enrique, puso todo su empeño en divorciarlos.

No debia ignorar el Cardenal que semejante acto era un atentado contra las leyes divinas y humanas, pero sin reparar en esto ni en que la Silla Pontificia se oponia á su consumacion, Wolsey comenzó á trabajar con grande empeño para conseguir su fin, que no era otro sino el de satisfacer su ambicion.

Mas no logró su intento, que era el de casar al Rey con la duquesa de Alençon, hermana de Francisco I, porque, enamorado ya Enrique VIII de Ana Bolena, solo aceptaba el divorcio para casarse á su gusto con ella, y no á gusto del Cardenal con la princesa de Francia. Este fué el primer desengaño de Wolsey; pero como no le convenia contrariar al Rey, se doblegó á su voluntad y secundó sus planes respecto de Ana, principiando por dar á ambos un espléndido banquete en su Palacio arzobispal de Lóndres.

Comenzóse al fin el juicio divorcio, en el que entendian como jueces el mismo Wolsey y Campegio, enviado del Papa; pero desconfiando la Reina de que se la hiciese justicia, apeló al Sumo Pontífice, que avocó así la causa.

El Rey, á su vez, desconfió entónces de que se decretára el divorcio por la Sede Apostólica,

y acordándose de que Wolsey, había sido el que le había aconsejado el divorcio, comenzó á aborrecerle. Los émulo de Wolsey aprovecharon aquella circunstancia para perderle, y poniéndose de acuerdo escribieron y firmaron una memorial de agravios, ó acusacion de los abusos cometidos por el Cardenal, y lo presentaron al Rey.

El Monarca calló y disimuló por entónces; pero cuando Campegio, Legado del Papa, se volvió á Roma, dió orden al duque de Norfolk para que afrestase al Cardenal, á quien envió desterrado á York, privándole de todos sus cargos y dignidades, despojándole del palacio y casas que había labrado en Lóndres, así como de sus joyas y riquezas.

Entendiendo despues el Rey que Wolsey, no solo vivia con holgura en su destierro, sino que se regalaba con fiestas y banquetes, y podia se le devolviese una mitra riquísima guarnecida de piedras, de la que le había despojado, interpretando esto por soberbia, se irritó más y más contra su antiguo privado, y mandó se le llevase preso á Lóndres, pero el Cardenal murió en el camino en Leicester.

“Publicóse, dice el P. Rivadeneyra, que el mismo Cardenal, por no verse en afrenta, se ha-

bia muerto con yerba; creo que se lo levantan lo cierto es que cuando le prendió el conde Northumberland, como á hombre que había ofendido á su majestad real, dijo el pobre: “Pluguiese á Dios que no hubiese yo ofendido más á la majestad divina que á la humana; pero habiéndome desvelado toda mi vida en servir al Rey “y en darle gusto y contento, he ofendido á Dios “y perdido la gracia del Rey.” “Dicen algunos, prosigue el P. Rivadeneyra, que Wolsey en vida hacia una suntuosa sepultura para su entierro, y que yéndola á ver un dia, le dijo un loco que tenia y llevaba consigo: “¿Para qué gastas tanto dinero en vano? Piensas enterrarte aquí? “Pues yo te digo que cuando mueras no tendrás “con que pagar tu entierro.” Así fué, y así acabó aquel hombre ambicioso y avariento, que solo con el fin de satisfacer su ambicion aconsejó á Enrique VII aquel ruidoso divorcio que fué la causa principal de la apostasia de Inglaterra.

¡Cuán cierto es que el ambicioso camina á su ruina (1).

(1) P. RIVADENEYRA: *Historia del cisma de Inglaterra*, capítulos IV al XVII.

XII.

Juan Ecolampadio.

(MURIO AÑO 1531 DE N. S. JESUCRISTO.)

La Reforma protestante afligió sin duda á la Iglesia, arrancando de su seno á muchos fieles que abrazaron la nueva doctrina; pero no la afligió ménos el ver que muchos eclesiásticos y religiosos renegaron de su autoridad divina profanando las sagradas órdenes que habian recibido, y violando los solemnes votos que habian hecho á Dios ante sus altares.

Juan Ecolampadio, presbítero y religioso, fué uno de los primeros que dieron el ejemplo de una apostasía doblemente sacrílega, abrazando la doctrina de los nuevos heresiarcas, perturbadores á la vez del orden religioso, civil, político y social.

La conducta de Ecolampadio durante su juventud estuvo muy léjos de anunciar este resul-

tado, porque se distinguió siempre por su piedad, consagrada principalmente al culto de la Santísima Virgen y de la sagrada Eucaristía; pero su carácter ligero é impresionable, sus escasos conocimientos teológicos, y algunos sucesos que interesaron su amor propio, le colocaron con el tiempo en la peligrosa pendiente por la que se precipitó en la herejía.

Su piedad comenzó á entibiarse, se le hicieron insoportables las costumbres del convento donde habia ingresado como novicio, y no solo censuró sus estatutos en una disertación, sino que se declaró favorable á *la luz que comenzaba á brillar en Wittemberg*.

Al poco tiempo, y con gran satisfacción de sus hermanos de religion, dejó su convento y se estableció en Weinsberg, donde se relacionó con Zainglio, que le reveló sus planes y le pidió su ayuda.

Ecolampadio se consagró desde entonces al servicio de la Reforma, con tal astucia, tal reserva y tal egotismo, que algunos historiadores, al describir su conducta, dicen que procedía con mucha cautela, llevando delante siempre á otros que ejecutaban lo que él deseaba y habia preparado, esperando siempre, para presentarse, el momento que juzgaba más oportuno, y que mié-

tras llegaba la ocasion intrigaba en silencio; y una vez dueño de los espíritus, los inclinaba á donde queria.

De esta manera, y gracias á sus amañes, llegó á ser el jefe del partido de la Protesta en Basilea.

Como los demás reformadores, rechazaba la razon humana y la filosofia, único medio de encubrir las contradicciones de su falsa teología; contradicciones é inconsecuencias que se hacian más patentes en sus discusiones, pues al paso que spelaba á la tradicion para responder á los anabaptistas, la rechazaba sin reparo para contestar á las católicos.

Al fin, siguiendo el ejemplo de casi todos los sacerdotes apóstatas, Ecolampadio, que se habia mostrado tan entusiasta partidario de la virginidad, se unió á una viuda, de la cual tuvo tres hijos, y que, muerto Ecolampadio, fué sucesivamente mujer de Capito y de Bucero.

Antes de contraer matrimonio el apóstata, asistió á la conferencia religiosa de Baden, secundando los ataques de Zainglio contra la sagrada Eucaristía, la Misa, el culto de los Santos y el purgatorio, y hasta se pronunció en favor del divorcio de Enrique VIII.

Al año siguiente se abolieron en las iglesias de los predicantes de Basilea la Misa y el culto católico y se introdujo el canto de los salmos en aleman, en los cuales habia intercalado Ecolampadio groseras injurias contra la Iglesia católica.

Los conventos fueron cerrados, y sus bienes confiscados; se cercenaron las rentas del Obispo y de los profesores contrarios á la Reforma, *por manifestarse enemigos de las luces* y se instaló en las cátedras de la Universidad á hombres nuevos, á pesar de las protestas del Senado.

Los predicantes declamaban al mismo tiempo contra el Anticristo, *las ociosas cavernas mundánicas y la clerigalla ignorante, cuyos sacrificios eran un escándalo*.

Solo faltaba abolir el culto católico, y Ecolampadio no perdonó medio para conseguirlo y para obtener el apoyo de las autoridades, á fin de establecer lo que él llamaba reinado del Evangelio.

Es más: hasta excitó á los iconoclastas de Basilea á que el Viérnes Santo y el Lunes de Pascua del año 1528 destruyesen las imágenes; influyó despues para que fuesen puestas en libertad los que habian sido reducidos á prision por aquellos desórdenes, y, por último, organizó el motin que depuso violentamente á los consejeros